

Corto paseo, largo viaje

Seudónimo: Parsifal

¡Toc, toc, toc!

Los dos vecinos que estaban sentados en sus poyos, en la plaza, escucharon los golpes. Miraron hacia el postigo de la Casa Grande, como se la conocía desde hacía mucho, y no vieron a nadie. Lo hicieron entre ellos y manifestaron su extrañeza; a continuación se fijaron en la sacristana que, de pie en el umbral de su casa, mantenía la vista fija en la aldaba del referido postigo. Gracias a eso, cuando se repitieron los golpes, la mujer, también conocida por la Gata, pudo ver, por tres veces, alzarse la mano de fundición con una bola entre sus dedos y bajar con fuerza hasta la gran cabeza del clavo incrustado en la madera de la puerta. Entonces desvió la mirada hacia las cepas de los arbolillos alineados en la acera y notó una ausencia que la hizo suspirar. Los dos hombres oyeron la percusión pero no vieron nada: quizás porque estaban pendientes de la sacristana o quizás porque su perspicacia no era tan acusada.

La plaza del Rollo se llamaba así porque antiguamente había existido allí un rollo, con probabilidad frente a la Casa Grande, posible palacio del alguacil mayor, al decir de algún erudito. De aquel monumento e insignia solo quedaba la mitad inferior de la columna de granito, protegida ahora con una basa de hormigón, con una cabeza de bronce empotrada, y plantada en medio de un simulacro de jardín. Estas obras venían dictadas y definidas por la voluntad del mecenas, un extraño indiano de costumbres algo macabras que, desde México, enviaba plata para ciertas mejoras locales. La anterior a la chapuza del rollo fue la construcción de las aceras del pueblo, incluyendo árboles. Obra muy necesaria, pero que no precisaba de la figura del esqueleto de una danzanta mexicana —con enagua y sombrero de charro— fundida en las rejillas metálicas que cubrían los alcorques. El alcalde, un desidioso más, argumentó que mientras pagara el indiano...

Poco antes de que la Gata se echara un chal sobre los hombros y se encaminara hacia la iglesia, el dueño de la Casa Grande contestaba con un “¿quién va?” a los aldabonazos. La respuesta, un tanto críptica, “tu compañera de viaje”, hizo correr nervioso al hombre que, al salir atolondrado de la cocina, tropezó con el mueble que sostenía la clepsidra, rompió esta y resbaló en el charco generado.

La sacristana llegó a la espadaña, subió un tramo de escalera hasta alcanzar el extremo de la cuerda de la campana chica y comenzó el toque de clamor. Desde la plataforma divisaba el puente que aunaba los dos barrios del pueblo separados por el río. Hizo una pausa en su actividad y percibió, que no vio, la presencia de dos sombras apoyadas en el pretil. Adivinó, que no oyó, que una de ellas se despedía de las aguas, otrora portadoras de abundantes truchas; de los árboles que se iban desnudando del amarillo, del anaranjado, del burdeos; de los campos peinados con surcos ya liberados de las patatas; de los prados que vivían el cansino desfile vespertino de las vacas... la Gata no apreció el movimiento de una nube, pero sí su efecto libertador: los últimos rayos del sol poniente arrancaron destellos de las jícaras de vidrio encajadas en las cruces que jalonaban el tendido eléctrico que discurría por el valle; fue solo un instante, la señal del fin del entreacto.

La mujer, después de la breve interrupción, siguió con su campaneó, que ya había atraído la atención del vecindario. Los dos hombres de los poyos de la plaza del Rollo acudieron, con alguien más, a la Casa Grande, porque, inexplicablemente, no el postigo, sino las dos hojas de la puerta de carruajes estaban abiertas de par en par. El antiguo salón, que desembocaba en el patio, les mostró, primero, el valioso ingenio de cuatrocientos años destrozado en medio de un charco de agua y, después, el cuerpo del amo de la casa tirado al pie de la robusta salamandra manchada de sangre.

En la segunda pausa del toque, la Gata pudo escuchar el chirriar del cerrojo de la verja del cementerio, terreno adyacente a la iglesia. Su olfato sentía con facilidad el perfume de dalias, lirios y crisantemos, que la víspera habían inundado el camposanto: una vez al año —a veces menos— tumbas y nichos recibían un lavado de cara y una ofrenda floral. La vista, sin embargo, solo le dejó descubrir la portilla abierta; el entendimiento le permitió presentir la entrada de una sombra que buscaba donde guarecerse por el momento, hasta que llegara su cuerpo, que encontraría allí una morada sempiterna. La otra sombra debió despedirse en la puerta para continuar su perseverante quehacer o, quizás, para regresar a su lugar de descanso.

“Cada vez lo mismo; y la gente sigue sin darse cuenta de las escapadas de la bailarina esa”, pensaba la sacristana al reanudar el rítmico vaivén.